

TEMA 5: “Matrimonios con un corazón ardiente”

Pretendemos:

- Reconocer la presencia del Espíritu Santo en la vida matrimonial, y que éste fortalece su espiritualidad.
- Motivar a los esposos para que lleven la Buena Nueva de Cristo Resucitado a otros matrimonios y familias. Que tomen conciencia que están llamados a ser testigos del amor de Dios.

Los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero Jesús desaparece de su vista; sin embargo, les ha dejado con el corazón ardiente. En el corazón de los dos hay una fuerza interior nueva y quemante. Han experimentado la presencia de Cristo Resucitado, ya no lo ven, en su corazón está. ¿Qué ha sucedido para que sientan que arde su corazón? Han entendido el mensaje de la Cruz, comprendieron todo lo que sucedió, han recuperado la alegría y el gozo. Ahora saben del poder de la resurrección. La vida se les ha transformado. Recuperan el entusiasmo y las ganas de vivir. El corazón es presentado como el centro, ámbito de las decisiones importantes en el hombre, como la sede para profesar la fe. Arde el corazón de los dos; su fe está viva. Ahora creen, aunque no ven.

Preguntas:

1.- *¿Qué hay en tu corazón que lo hace arder, es decir, que te entusiasma y te motiva a continuar amando a tu cónyuge?*

2.- *¿Por qué perdemos fácilmente el entusiasmo y nos desanimamos?*

3.- *¿Cómo estamos alimentando nuestra intimidad conyugal, nuestra capacidad de amarnos y confiar uno en el otro? Como familia ¿Qué nos hace mantenernos unidos?*

Lectura: Lc. 24, 33-35.

“En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once y a todos los demás, que decían: -Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón. Ellos, por su parte, contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan”.

El encuentro con el resucitado lleva a los discípulos de Emaús a otros encuentros. Podemos decir que estos encuentros forman parte de su vida espiritual. Desde Emaús van de nuevo a Jerusalén; ahora van

apresuradamente. Es el fuego del amor el que los impulsa a caminar de nuevo. Los discípulos no permanecen en Emaús, sentados, gozando de manera individual la presencia del Resucitado. Recuperan la ilusión y el deseo de estar en la ciudad santa, de ver a los demás. Encuentran a la comunidad y comparten en la fe; son testigos del Resucitado.

Han reconocido la necesidad de un cambio de vida, de un cambio de dirección, no es hacia Emaús a donde hay que conducir la vida, sino hacia Jerusalén. No es mirando hacia atrás como avanzamos, sino mirando el horizonte de nuestra vida. *“En sentido profano, volver es cambiar de dirección, volverse, retornar. Pero la palabra tiene fundamentalmente sentido teológico, espiritual. Se trata de uno de los verbos que marcan la conversión del corazón, y en tal sentido es apartarse del mal camino, apartarse del pecado, salir de una situación mala para volver al bien, volver a la interioridad, en definitiva, volver a Dios”.*

El horizonte del creyente está lleno de esperanza. Los discípulos reconocen que hay que volver a Jerusalén, ahí está el Señor y están los demás. Arde el corazón y se ponen nuevamente en el camino de Dios. Hay que notar que no se ponen nuevamente en camino para llegar a una meta y pararse ahí, el significado es ir hacia el interior. En otras palabras el ir a Jerusalén supone ahondar en el misterio del Señor...

Dice Ignacio Domínguez aplicando esta idea al matrimonio: *“ya no son dos sino una sola carne”* (Mt 19,5). *El matrimonio que, por lo demás, queda constituido de una vez para siempre, no es algo cerrado, hay que seguir caminando hacia una más compacta unidad; el ser “una sola carne” se mueve en las coordenadas del “ya” y el “todavía no”. La meta está siempre más allá. ¡Qué importante recordar a los esposos este dato de la semántica griega! Siempre hacia una unión más profunda, hacia una intimidad más grande, hacia una unidad renovada, hecha nueva cada día en el dinamismo del amor... Hacia Jerusalén. Siempre. Incluso cuando uno llega a Jerusalén. Hay que descubrir nuevas facetas, entrar, ahondar más”.*

En Jerusalén encuentran a los once reunidos. La comunidad ayudará a mantener viva la llama de la fe y del amor. Ahí en la comunidad se alimenta la vida espiritual, se ensanchan los lazos fraternos y se construye el Reino de Dios. Hay que volver a la familia y encender el fuego del corazón. Los que se alimentan del mismo pan, esos son compañeros en los caminos de la vida, en los caminos de Dios.

El hombre está hecho para la comunión, para la comunicación con otros. El orgullo, disfrazado de lo que sea, rompe la comunión con los demás. La vida familiar y matrimonial sólo se entiende cuando se establece una comunión de personas, la familia es, de hecho, “una íntima comunidad de vida y de amor” (FC 17). Es necesario volver a Jerusalén en la vida del matrimonio. Es decir, tomar la decisión de construir cada día la comunión. Es la casa el lugar para encontrarse reunidos, fortalecidos por la presencia de Jesús en sus vidas.

En la sala de Jerusalén resuena la Palabra de Dios, esa palabra que anima y fortalece. En la vida familiar se anuncia la vida nueva que Cristo les ha dado, se anuncia la buena nueva del matrimonio y la

familia. Hay que levantarse y ponerse en camino para llegar a la casa del Padre; como el hijo pródigo que llega y se funde en un abrazo con el Padre, con su amor y con su misericordia. En la casa de Jerusalén se celebra la fiesta de la vida, la fiesta del amor, la fiesta del perdón. Hagamos de nuestra familia una Jerusalén después de la resurrección. Un lugar de fiesta por la presencia de Dios, por el encuentro con el Resucitado, por la vivencia del amor. El encuentro con Jesús en la Eucaristía, nos impulsa a llevarlo a los demás. Los dos de Emaús van hasta Jerusalén a contar lo que les ha pasado por el camino y cómo lo reconocieron al partir el pan.

El creyente no puede quedarse callado, la experiencia del encuentro lo impulsa a comunicarlo a los demás. Dice el mismo San Juan en su Evangelio *“lo que hemos visto y oído, eso les anunciamos para que también ustedes estén en comunión con nosotros”* (1 Jn 1,3). Sólo quien ha podido experimentar a Jesús puede comunicarlo. Sólo quien ha interiorizado el sufrimiento y el dolor puede participar de la gloria de Dios. Sólo quien ha recorrido el camino con Jesús puede ser su testigo. Cada creyente es invitado a dar testimonio de Cristo, muerto y resucitado. Este ha sido el mensaje de los apóstoles; este es el mensaje de la Iglesia; este es el mensaje del matrimonio y de la familia.

Preguntas:

- 1.- *¿Qué necesitamos como matrimonio para levantarnos y caminar hacia Jerusalén?*
- 2.- *¿Qué necesitan los matrimonios para ser testigos de Cristo hoy?*
- 3.- *Piensen en tres formas para dar testimonio del amor y de la vida nueva que Cristo ha dejado en ustedes.*

Oración del Testigo.

Es hora de ser tus testigos, Señor del alba.

Es hora de construir juntos la Civilización del amor.

Es hora de salir a las plazas y ciudades como hermanos.

Es hora de hacer del mundo un arco iris de unidad y de color.

Es hora de anunciar la vida desde la vida hecha fiesta.

Es hora de gritar al mundo de los hombres tu salvación.

Es hora de gritar como voceros del alba a hombres y mujeres,
que el Crucificado ha resucitado, y el mundo sabe a redención.

Es hora de vivir en la luz y abrir caminos sin fronteras.

Es hora de darse la mano y hacer un coro grande al sol.

Es hora de decir a los miedosos; no teman, tengan ánimo,
que el mundo, el corazón del mundo, vive en Resurrección.

Es hora de juntarnos como amigos en un solo pueblo.
Es hora de marchar unidos sembrando la paz y el amor.
Es hora de llamar al hombre hermano, hermano mío.
Es hora de vivir en armonía, en lazos de hermandad y comunión.

Que así sea.